

sovietista, cual malos albañiles de un edificio de tablo-
nes sin cohesión entre sí, y que han de derribar los
vendabales...

SOFIA CASANOVA

¡ESPERANDO!

La cariñosa madre esperaba....

A su espalda, en el parque de entrada al castillo,
alineábanse los castaños de indias y los añosos robles,
formando filas como inmuebles veteranos, y en el fondo,
a través de un tupido arco de follaje, aparecía la casa
señorial, algo modernizada en su exterior, espejándose
en la superficie tranquila de los anchos fosos de agua
que la rodeaban.

A derecha e izquierda, en las extremidades del
parque, extendíanse las llanuras de los campos, ricos
en mieses, que empezaban a brotar y cuyo delica-
disimo verde semejava un inmenso lago, en el que
como pequeñas islas asomaban acá y allá alquerías,
granjas y caseríos, con sus techos colorados, sus paredes
blancas y sus huertecillos llenos de almendros y man-
zanos en flor.

El sol desbordaba sus torrentes de luz sobre tan
magnífico panorama, dorándolo, por decirlo así, a fue-
go, y esmaltándolo con reflejos centellantes; sol de pri-
mavera, sonriente, alegre, con cuyo calor se difundían
por doquier las palpitations deliciosas y fecundas de
la resurrección de la tierra. Abriáanse a porfía las flo-
res en las praderas, en los cercados, en los árboles;
gorjeaban los pajarillos en torno de sus nidos en cons-
trucción, y los labradores escardaban los sembrados,
dirigiéndoles miradas llenas de satisfacción y de espe-
ranza. ¡Ah! sí, la naturaleza volvía de nuevo a la vida.

Mas ¡ay! también entre el musgo de los prados,
algunas florecillas, algunas blancas margaritas, yacen
trinchadas y marchitas antes de tiempo.

También el alma humana tiene ese delicioso des-
pertar y como resurrección a nueva vida.

Bajo el peso de una repentina desgracia, de un
gran infortunio, de un desengaño desgarrador, la pobre
alma desfallece, cae, queda destrozada, sin acción y
como muerta. La dicha no es para ella; todas sus ener-
gías, toda su vida ha desaparecido juntamente con
aquellos encantadores momentos, con aquellos seres
queridos que se fueron, con todos aquellos ensueños
de amor que se desvanecieron en lontananza cuando
empezaban a colorear el fondo del cuadro de su vida,
con todas las afecciones, cuyo dulzor la embriagaba,
y que, una vez muertas, sólo sirven ya para amargarle
el corazón. Hé ahí el invierno del alma; ahí está la
pobre, inerte, helada, despojada, abandonada. ¡Oh! no
la acriminéis... La pobre sufre; ¡y es tan duro sufrir
bajo la opresión del desengaño!

Dice Platón que Dios ha mandado al tiempo que
adormezca al dolor. El tiempo obedece. ¿Y quién po-
drá decir cómo vuelve de nuevo la vida en esa alma?
La mirada de un niño, una nueva amistad cogida como
una flor al borde del camino de la vida, el espectáculo
de un dolor, de una desgracia sin comparación mayor
que la suya, una mirada al Crucifijo o a la Virgen de
los Dolores teniendo en su regazo a su Hijo muerto,
un pensamiento que cruza como un relámpago por la
lobreguez de esa noche oscura... ¿qué sé yo? cualquier
cosa al parecer insignificante, pero que entraña una
gracia bajada del cielo. Y la resurrección se verifica;
al principio lenta y ocultamente, como la savia que
sube silenciosa por el tronco a las ramas del árbol;

luégo apareciendo al exterior, como los brotes que rompen la seca corteza; después floreciendo a la luz del sol, y coronándose en fin con esa corona blanca que esmalta en mayo los árboles y promete dulcísimos frutos. La primavera vuelve de nuevo. La esperanza está de vuelta, y con ella han vuelto el vigor, el valor, la fe y la felicidad.

Bella es la primavera de la tierra, pero más bella es la primavera del alma.

La cariñosa madre esperaba...

Había sufrido mucho. Después de algunos años de un matrimonio feliz, en que ni una ligera nube había empañado el azul del cielo, la muerte inexorable había venido de pronto a reclamar su presa. Su marido, muerto con muerte prematura, reposaba allá en compañía de sus antepasados en el enterramiento de familia, en la cripta abierta al pie del coro de la iglesia. Había quedado sola en aquel gran castillo vacío, sola para cuidar a sus dos hijas pequeñas, Elvira y María; María, que acababa de venir a este mundo cuando su padre se alejaba de él. La madre pasó por ese triste invierno del alma del que acabo de hablar, y vivió por mucho tiempo en el más desconsolado desaliento. Mas un día los dulces ojos de sus dos pequeñinas la despertaron de aquella especie de sopor... la dicha aún podía existir para su corazón, puesto que tenía aquellos dos ángeles a quienes amar, y este pensamiento la elevó sobre sí misma...y se trazó un nuevo plan de vida, en el cual los dos ángeles queridos ocupaban el presente y el porvenir, y se encontraban en todas partes y siempre.... De allí en adelante no había más mundo para la madre que Elvira y María. Y en verdad, ¿hay algo en el mundo para una madre fuera de sus hijos?

Y ese mundo le bastaba y le parecía hermoso, delicioso, rebosante de alegría,

El presente era feliz, pues Dios se lo había bendecido excepcionalmente. Dios había dado a las dos niñas dos almas naturalmente buenas y amantes; ternura de corazón, generosidad de espíritu, carácter abierto y franco con rasgos de ingenio perspicaz y unas repentinas salidas infantiles encantadoras; hasta las había dotado de esa cierta gracia exterior que, a veces, atrae y cautiva aún más que la misma belleza.

¡Y el porvenir!... el porvenir nadie lo conoce; pero ella mentalmente lo fraguaba y creaba a semejanza del presente, y lo embellecía con toda la espléndida magia de sus maternales ensueños. ¡Oh, sí, aquello era la primavera en su alma, la hermosa primavera y el sol esplendoroso!...

Mas ¡ay! también entre el musgo de los prados algunas tiernas florecillas, algunas blancas margaritas, yacen tronchadas y marchitas antes de tiempo!

«¡Madre! ¡madre!»

De una revuelta del camino, oculto por un vallado de espinos en flor, partieron esos dos gritos alegres, vibrantes, y las dos pequeñuelas se precipitaron hacia su madre con toda la vehemencia de su corazón y con toda la velocidad de sus pies, levantando nubes de polvo; detrás de ellas cargadas con los cartapacios y libros avanzaba el aya majestuosamente.

La madre, con el corazón palpitante, se adelantó al encuentro de aquellas corretonas.

Elvira, la mayor, fue la primera en caer en sus brazos y luégo María. Después de haberlas abrazado y besado una y muchas veces, alisóles los desordenados y flotantes cabellos que se escapaban de sus ele-

gantes sombreritos, y cuando el aya consiguió juntarse al grupo, Elvira se cogió de uno de los brazos de la madre, María del otro, las tres se encaminaron por la gran avenida de árboles en dirección al castillo.

El aya seguía siempre detrás.

Las risotadas y cuchicheos revoloteaban por entre las ramas como cantos de alondras, y sus vocecillas argentinas parecían competir en alegría con el gorjeo de los pájaros.

¡Tenían tantas cosas que contarle! Los graves incidentes de la clase, las lecciones de Sor Josefa, sus regaños a veces, aquel mirar a las más revoltosas con sus dos grandes ojos amenazadores.... en fin todos los grandes acontecimientos de su vida de colegio. La madre las escuchaba, a veces distraída, pero sintiendo una inefable dicha en su corazón.

¡Oh cómo bendecía a Dios! ¡Cómo sentía lo bueno que es ser amado!... Y ¡cuán hermosa le parecía la vida!

Mas ¡ay! también entre el musgo de los prados algunas pequeñas florecillas, algunas blancas margaritas, yacen tronchadas y marchitas antes de tiempo.

Todos los días, cuando era hora de volver de la lección, se la veía esperar así a las dos prendas de su cariño.

Algunas veces se adelantaba mucho; y los campesinos al verla, exclamaban: ¡Cómo ama a sus hijas! Y los paseantes que la encontraban al paso con sus dos hijas colgadas de sus brazos, pensaban al contemplar las deliciosas y amorosas sonrisas que iban de unos labios a otros labios:—¡Qué madre tan feliz!

¡Qué madre tan feliz! Y ¡cuántas veces ella misma se repetía esta exclamación! Ciertamente, ella no se olvidaba

del que había desaparecido; a cada instante su pensamiento volaba hacia él como para reposar en él, más hacíalo con resignación y con paz: sentía la herida que Dios había abierto en su corazón, mas también la suavidad del bálsamo con que Dios iba cicatrizando la herida. Y ella le bendecía por haber tenido compasión de su debilidad y haberle dado tan gran consuelo para enjugar tan amargas lágrimas.

Deslizábanse así los años, y llegó el momento de una separación de poco tiempo, es verdad, pero siempre dolorosa. Elvira cumplía ya la edad de recibir educación más esmerada y completa y de entrar en el pensionado.

El adiós de despedida fue también triste: para inspirar fortaleza a la hija, la madre tuvo que sacar fuerzas de flaqueza y aparentar serenidad, y contuvo sus lágrimas hasta darle el último beso; pero cuando la puerta del viejo convento se hubo cerrado, entonces se desbordó la represa, y corrieron libremente sus lágrimas... Sin duda que despedirse para volver a ver tan pronto, partir para a poco volver, no desgarró el corazón como el adiós y la partida de los que mueren, sin esperanza de volver a ver ni juntar aquí abajo; y sin embargo, la herida de esta partida y separación fue para la pobre madre muy dolorosa. Cuando volvió a encontrarse en el castillo, y vio el aposento de Elvira vacío, sintió algo parecido a la impresión angustiosa que había experimentado en el cuarto vacío de su esposo. Mas le quedaba María; después vendrían las cartas de Elvira, después—¡el tiempo pasa tan pronto!—vendría el fin del año escolar, y entonces!... Aguzaba su ingenio femenino y maternal a fin de calmar su pena, y para engañarse a sí misma dulcemente, pensaba en un tiempo en el que ella no estaría jamás sola.

Elvira la había dejado, pero María estaba con ella. Cuando a María le llegara la hora de partir al pensionado, Elvira estaría ya de vuelta. Llegaría para Elvira la hora del matrimonio, como había llegado la del colegio; pero entonces María estaría cerca de su madre, cerca de ella; y cuando María a su vez se llegase a casar... ¡Oh! entonces ella empezaba ya a escuchar un rumor de lloros y risas infantiles, y sentía sobre sus rodillas y en sus brazos el dulce peso del primer recién nacido, de su nietezuelo, y se miraba en sus ojillos de ángel, y veía su preciosa carita sonriente, y le veía agitar sus manecitas entre los encajes de la cuna, como pidiendo que le cogiese la abuela!... No, ella no estaría nunca sola; ya anciana y coronada de blancos cabellos, veíase rodeada de hermosos niños, bendecida, acariciada, dichosa.

¡Oh, sí, dichosa! ¡la dichosa abuela de todo aquel mundo pequeño de seres queridos.

Y todos los días iba a esperar a María más allá de la avenida de encinas y castaños... Pasaba a veces al mismo tiempo el paetón con el correo, y cuando entre las demás cartas sus ojos de madre adivinaban el sobre de Elvira... volvía al castillo devorando la carta de su hija. Entonces le parecía que tenía a sus dos niñas consigo.

La vida de María se dividía entre el humilde y cercano colegio de las Hermanas y el castillo; mas su corazón y su pensamiento no se apartaban nunca de su madre.

En el colegio había que atender a las clases, a la lección; en el castillo no tenía que atender más que a su madre. En el colegio tenía sus amiguitas, y (rasgo conmovedor que pinta el corazón de la niña) esas amiguitas las escogía entre las menos favorecidas de la naturaleza y de la fortuna, entre las que no encontra-

ban amigas tan fácilmente. En el castillo tenía a su madre, y ¡cómo palidecía todo a sus ojos en presencia de su madre! También allí recibía lecciones... las magníficas lecciones de un corazón de madre y de cristiana.

Allí también trabajaba... para los niños pobres. ¡Y qué dedillos tan habilidosos tenía! ¡y cuántos trajecitos y prendas iban acumulándose en su armario, como fondo de reserva, para que los pobrecitos niños hicieran frente a los rigores del invierno. Cuando éste llegaba, la misma niña iba, acompañada de su madre, a entregar aquel fruto de sus trabajos a las chozas desmanteladas y pobres tugurios, en donde sufrían las inclemencias de la estación los pequeñuelos.

Un día detuviéronse delante del foso del castillo dos pequeñines extraviados, macilentos y temerosos; en sus ojos se leía una súplica. María los ve, corre a ellos, los interroga, y tomándoles a los dos por la mano, les obliga a entrar en los salones del castillo, y eso que los niños estaban cubiertos de harapos y sumamente sucios. María no manifiesta ningún asco, llama en su ayuda a una de las doncellas, y en un dos por tres pone a los pequeñines aseados y limpios, les viste trajes nuevos y se los lleva a la repostería, donde con sus propias manos les da de comer y de beber.

—Pero, señorita,—se aventuró a decir la doncella,—¿qué dirá la señora?

—¿Mi madre?... mi madre haría lo que yo he hecho.

—¿Y no teme usted que estos pobres desgraciados vendan esos trajecitos que usted le ha dado?

—¡Pues tienes razón!—exclamó la niña sorprendida por la pregunta y quedando un momento pensativa. Mas pronto, como inspirada, volvió a los niños y les obligó a que bajo su *palabra de honor* le prometiesen que no venderían los vestidos que acababan de recibir.

Los pequeñuelos dieron su palabra de honor sin saber a punto fijo lo que era aquello, y la niña quedó tan alegre y tan tranquila.

¿Vendieron ellos sus vestidos nuevos?... lo ignoró. Lo que yo sé es que Dios no tuvo esto en cuenta, cuando bendijo el tierno corazón de nuestra María.

¡Señor, Señor! ¿Por qué caen marchitas antes de tiempo entre el musgo de los prados tantas florecillas blancas?

Mucho tiempo tienen que pasar las pensionistas para olvidar un poco el dulce nido de la infancia, para acostumbrarse a la severidad monótona de las clases, a las horas reglamentarias de recreo en el jardín, a las blancas alcobas del dormitorio del convento.

Elvira pasó por esta prueba. Las Religiosas a quienes la había confiado su madre, se esmeraban en que no echase de menos el calor de la familia, rodeándola de cariñosos cuidados. La Superiora, sobre todo, a quien todas llamaban nuestra Madre, le daba gustar a cada paso la ternura y bondad de su corazón, y Elvira daba bien a entender que no era desagradecida.

«El lunes debíamos empezar los santos Ejercicios, escribía Elvira en su *Diario*, mas hé aquí que Sor Josefa ha venido a decirnos que se retrasan, porque nuestra Madre está enferma.... ¡Dios mío! qué tendrá nuestra querida Madre?»

Y dos días más tarde:

«Nuestra Madre sigue en la enfermería; está un poco mejor, mas ¿cuándo la volveremos a ver?»

Y por último:

«¡Qué alegría! nuestra Madre ha vuelto con nosotras. La hemos vuelto a ver y a saludar después de Misa.»

Elvira, por lo tanto, era feliz.

Y además su madre, su verdadera madre, la venía a ver de vez en cuando.

«Visita de mi querida mamá, escribía en su *Diario*. Hacía un tiempo malísimo, caía a torrentes la lluvia y rugía espantosamente el vendaval... Pero a mí nada me importaba; pues estaba con mi madre querida.»

También tenía a ratos sus tristezas, por los pequeños contratiempos y reprimendas de clase. ¡Mas Elvira los recibía con tanta docilidad y humildad!

«A las diez y media Sor Josefa me manda llamar... Me acerco llena de temor... Ordena a las demás alumnas que se retiren, y cogiéndome por la mano, me dice: Tenemos que ajustar nuestras cuentas.

—Está bien, Sor Josefa,—dije yo temblando.

—¿Cuántas labores y estudios a emprendido usted a la vez?

—No lo sé a punto fijo, Sor Josefa, permítame usted que los cuente. Y contando por los dedos añadí: nada más que seis, Sor Josefa.

—Sobran cinco. Hay que dejar los anteriores trabajos y concluir cuanto antes lo último que le he encargado... Ese afán de pasar de unas cosas a otras parece actividad laudable y no lo es. Padece usted, niña, una *perecitis* crónica. Hay pues que sacudir la pereza.

Y me dejó bajo la impresión de estas palabras, pensativa, confusa, y, sobre todo, arrepentida.»

Estas nubecillas se deslizaban por el cielo de su alma sin turbar su serenidad y alegría.

«No sé cómo se me ha ido el tiempo contemplando desde mi ventana el amanecer de un nuevo día. Anoche admiraba el espectáculo de las estrellas, y hé aquí que todavía hace un momento la luna, allá en la línea del horizonte, pálida y triste, parecía dejar con pena nuestro hemisferio, confundiendo su blanquecino fulgor con la blanca luz del alba naciente en los puntiagudos

techos de la villa... Veo a lo lejos levantarse los campanarios de las aldehuelas vecinas rodeadas de arboledas sin hojas aún... más cerca mi querido jardín del pensionado, en donde la yerba está aún cubierta del rocío matinal, y por cuyos enarenados caminos se pasean como sombras las Madres, rezando el Rosario o leyendo. ¡Qué día tan hermoso y cuán amable suave y me parece la vida, y cómo me lleva todo hacia Dios.»

Pero llega un día en que aquel corazón virginal se perturba súbitamente.

«He recibido carta de mamá. María está enferma. ¡Oh qué inquietud y qué pena tengo!... ¡Cuánto tardan las cartas!... La hora del correo ha pasado, y nada, tampoco hoy tengo carta.»

«Otra carta de mamá. Mi querida María no está mejor; no toma más que agua y no puede dormir... Mamá cree, sin embargo, que no será más que una ligera fiebre. ¡Oh Dios mío, cómo voy a rogar a la Virgen por mi hermana querida!»

Después de algunos días:

«María está mucho mejor... Bendito sea Dios.»

Y el *Diario* seguía poco más o menos así señalando paso a paso los primeros que daba en la vida del pensionado aquella alma delicada.

Al fin un grito de alegría:

«Parto para Lourdes con María, y nuestra querida mamá nos lleva. Todas mis amigas me encargan visitas a la Virgen y oraciones, y yo se lo prometo. ¿Cómo no?»

Al momento de partir, Sor Ana Margarita me lleva al aposento de la Madre Superiora y tengo el consuelo y la pena de despedirme de ella y abrazarla.»

Dos días después la madre y las hijas emprendían su viaje triunfal.

María había estado más en peligro que lo expresado por el *Diario* de Elvira. En tan angustioso trance la madre le había prometido a la Virgen una peregrinación, y para cumplir su promesa iba llena de agradecimiento en compañía de sus dos niñas a la gruta de Massabielle.

Todo el viaje fue un continuo y mutuo gozar.

Y ¿cómo no? ¿No tenía la madre a sus dos hijas al lado? ¿No iban las hijas con su querida madre?

«¡Qué encantador es Pau!—escribía Elvira:—me asomo al balcón del hotel... y diviso delante de mi altas montañas cubiertas de nieve, y a sus pies bosques de verduras, en que gorjean las aves. Hoy no está agradable la temperatura; la naturaleza parece triste; y sin sin embargo, el ruiseñor canta, elevando su corazón por encima de la tristeza que le rodea. Ésta mañana he estado largo rato sentada en el hueco de una peña; cuarenta leguas de extensión se desarrollaban enfrente de mis ojos. Las ondas se acercaban suavemente, dorando sus curvas y remansos con la luz del sol, como las escamas de un pez maravilloso, y entre el murmullo de la corriente adormecía mis recuerdos, como un cantar melancólico adormece a los niños en la cuna. He visto el castillo de Enrique IV. Después nos hemos paseado por el bosque, embalsamado con los más delicados perfumes. Me parecía todo un sueño. ¡Oh qué paraíso de delicias!»

Más abajo:

«Hemos recorrido el trayecto de Pau a Lourdes en carretela descubierta; no puede imaginarse nada más encantador. ¡Qué paz, qué tranquila majestad, qué fascinadoras perspectivas! Nos detuvimos en Betharam... algún miedo sentí al pasar el viejo puente de Gave, todo cubierto de yedra: es bello pero peligroso; la víspera un caballo se encabrió y de un salto salvó el

pretil, yendo a sepultarse en el fondo de la corriente. ¡Lourdes es ideal! Querría uno vivir allí, amar y morir allí entre los brazos de la más tierna y amante de las madres.

Y por este estilo el *Diario* está rebosando en cada página emoción religiosa, ingenua admiración y confiada alegría.

Bien es verdad que el viaje fue a fines de mayo, de ese mes que rejuvenece los corazones y reviste de nuevas flores la tierra. Los prados estaban todos esmaltados de margaritas, los trigos iban llegando a granazón, matizados acá y allá por campanillas silvestres y amapolas; en los bosques, al borde del Gave y aun entre las seculares rocas de Massabielle, brotaba vigorosa la vegetación de los más variados arbustos y enlazaba sus verdes guirnaldas como una corona de esperanza con que se coronaba la tierra.

Mas ¡ay! allí también entre el mugo de las praderas yacen algunas florecillas blancas, marchitas antes de tiempo!

¿Habéis visto alguna vez encapotarse de pronto el cielo azul; habéis oído el rodar de la tormenta y el estallar del rayo?

Al fin de la avenida de añosos robles, un grupo de aldeanas, silenciosas, conmovidas, estaban esperando y hablando en voz baja y con misterio.

El jardinero del castillo les había dado la fatal noticia; la señora volvía de Lourdes apresuradamente y enferma, porque se le habían puesto enfermas sus dos hijas.

Había escrito que era preciso orar mucho, porque Dios sólo las podía salvar. Y aquellas pobres mujeres, que eran madres también, sentían en sus corazones la tortura del corazón de aquella madre, y estaban allí

esperando a que llegara la bienhechora de toda la comarca.

El coche apareció en el fondo de la carretera; los caballos iban al paso para suavizar las asperezas del camino; al verlos avanzar por la enarenada avenida pausada y tristemente, parecía que se tenía delante un coche mortuario.

Pasó delante del grupo de mujeres, que pudieron divisar al través de los cristales a las dos niñas arrebujadas en sus grandes chales y abrigos, pálidas, tiritando, y a la pobre madre que las contemplaba llorosa; y aquellas aldeanas, cogiendo las puntas de sus azules delantales para enjugar sus lágrimas, se alejaron reprimiendo sus sollozos.

A poco llegaron otros coches que venían a escape, eran los de los médicos llamados por telegramas... ¿Salvarían a las pobres niñas aquellas eminencias de la medicina?

¡Qué tristes alas desplegó la noche en torno de aquel castillo; y en las casas de labranza de los alrededores cómo se interesaban todos por las niñas enfermas! Decíase que en la fonda les había atacado la enfermedad a las tres; referían que los médicos, al llegar al castillo, habían mandado separarlas, pero que la madre, sacando fuerzas de flaqueza, había cuidado a sus dos amadas hijas con sus propias manos, hasta que por fin tuvo que rendirse también ella a la implacable enfermedad que las devoraba.

A la mañana siguiente... ¡Ah! cuando de nuevo nace el sol, ¿no renace también para todos la esperanza?... Ala mañana siguiente las pobres aldeanas de la víspera se juntaron a la puerta del castillo para recoger nuevas noticias...

¡Dios mío! en la avenida de árboles se oía la campanilla que anuncia a Su Divina Majestad. El sa-

cerdote revestido de sobrelliz, llevaba a las tres amadas enfermas el Dios de los moribundos!...

A la caída de la tarde espárcese un confuso rumor por todas partes: ¡la señorita Elvira ha muerto!

Al día siguiente: ¡la señorita María ha muerto!

¡Y ella, la madre, ella vivía aún, y no acababa de morir y no lograba morir! ¡Ah, Señor, Señor! ¿porqué esas margaritas blancas caen entre el musgo de los prados marchitas antes de tiempo?

Sí, aquella era la obra de la muerte.

Como en las siniestras danzas de Holvein, la muerte, sonriendo sarcásticamente con las horribles muecas de su desdentada boca y cabalgando sobre su caballo blanco, había seguido invisible a las dos niñas, en su viaje a París, a Pau y Lourdes; fija había venido en el estribo del coche, destilándoles en la sangre el veneno gota a gota con repugnante sonrisa; con ellas había vuelto a través de las largas hileras de árboles; con ellas había penetrado en el castillo, riéndose de los vanos ensueños de los hombre; tras ella había ido de una a otra habitación esparciendo sin piedad el mortífero filtro,

—¡Madre!... ¡Madre!—exclamó María, acabo de oír el estertor de mi Elvira, el hipo de la muerte! ¡Oh, Dios mío! ¡qué horrible! Y a lo lejos, algunas horas después, la madre escuchaba el estertor de la única hija que le quedaba, de su María!...

Ya reposan las dos sobre sus blancos lechos, y adivínase sobre los pliegues de sus blancas mortajas, la rigidez de sus cuerpos fríos, inmóviles, muertos! ¡Pobres florecillas, marchitas antes de tiempo!

En el invernadero de los naranjos se pusieron los dos ataúdes; en medio de las simbólicas flores de

blanco azahar fueron colocadas aquellas dos esposas de la muerte.

¿No habían, por ventura, volado al cielo, y no celebraban ya con el Cordero las bodas inmortales, *nuptias Agni?*

¡Cuántas lágrimas se derramaron allí!

Cuando el clero en procesión solemne vino a la conducción de aquellos dos cuerpos bendecidos y ungidos por la Iglesia, para llevarlos a donde reposaban los restos del padre, por respeto a la madre ningún canto litúrgico acompañó la silenciosa marcha, porque ella, ella que hubiera querido morir, que hubiera muerto mil veces por salvar sus vidas, ella que invocaba a gritos la muerte para que la librara de tan profundo dolor, ella no había muerto aún.... ¡Ella iba a tener que vivir, la pobre mártir!

El terrible mal hizo presa en ella por mucho tiempo aún, mas por fin, vencida en la lucha, abrió sus garras, la dejó y huyó.

La pobre madre se levantó del lecho del dolor... y empezó a vagar por aquel gran castillo vacío buscando como una loca, con los ojos extraviados y el corazón oprimido a sus queridísimas hijas... «¡Elvira! ¡María! ¡hijas mías, hijas mías!...»

¡Nada!... ¡nadie! ¡Muertas!... ¡muertas las dos!

¡Oh! ¿qué sintió aquél corazón de madre?

Cuando el artista helénico talló en el mármol a Niobe, la madre desolada con sus hijas muertas a sus pies, al llegar a modelar el rostro de la madre, arrojó lejos de sí el cincel, y sobre aquel dolor imposible de expresar echó un velo.

¿Creéis acaso que esos dolores se pueden pintar, que esos dolores se pueden escribir, o que se pueden siquiera comprender? Sólo Dios que los ve, puede medir esos abismos de dolor.

Aquella madre sin consuelo tenía un alma de cristiana, fuerte y valerosa. Tomó su crucifijo con ambas manos, lo estrechó contra su corazón que lloraba sangre... ¡ahora ya vive resignada en medio de sus lágrimas, porque vive esperando!...

Espera llegar al fin del largo camino de la vida, y allí encontrarse con el cielo y encontrarse con ellas.

¡Oh cuán pesado y duro le parece el camino! Mas cada día, cada hora que pasa, acorta las distancias y la aproxima al término.

Repasa los días que han pasado y los borra uno a uno con alegría, como lo hacían sus hijas en el pensionado pensando en los días que la separaban de su madre.

¡Oh, y cuán dulce es el pensamiento de la muerte para aquellos que han visto partir a los seres queridos de su corazón, para aquellos a quienes les parece que tarda demasiado la hora de la partida.

La pobre madre espera y para que no se le haga tan interminable la espera, ved lo que ha ideado.

Tiene en aquel enlutado castillo la cámara de los recuerdos... Allí están ordenados y simétricos, como las flores en un santuario, todos los tesoros de la pobre madre... todo lo que había estado en contacto con sus dulces hijas, los zapatitos de seda blanca que calzaron sus monines pies apenas habían dejado las mantillas, los blancos velos de la primera comunión, sus libros, sus cartapacios, sus juguetes de niñas, sus joyas y adornos de jóvenes, las flores cogidas en Lourdes como recuerdo, el *Diario* de Elvira, las oraciones que María había compuesto y rezado por su madre, los apuntes de sus Ejercicios espirituales, en fin, todo, todo lo que de algún modo les perteneció.

Y allí va la madre, y mira todos esos preciosos recuerdos, y los contempla y llora, y después, tomando en sus manos una a una aquellas dulces reliquias de su amor, las estrecha en su pecho y las aplica a sus labios, como para mejor penetrarse de la dulzura y el perfume de aquellos dos ángeles que se le habían huído al cielo.

Otras veces, a la caída de la tarde, se va sola a la solitaria cripta, y de rodillas ante los tres sepulcros que encierran los restos de cuanto más amó en el mundo, la pobre madre llora, y reza y espera. ¡La pobre madre pasa la vida esperando!

¡Oh Jesús mío, qué hermoso debe ser vuestro cielo, pues hay que comprarlo a costa de tantas lágrimas!

VÍCTOR VAN TRICHT, S. J.

Daniel Ortega Ricaurte

El 30 del pasado mes, nuestro distinguido catedrático don Daniel Ortega Ricaurte, alumno de la Facultad de Ingeniería, después de severas pruebas y de un brillante examen de grado, recibió el de profesor de matemáticas e ingeniero civil, ante un consejo presidido por el señor doctor Francisco J. Casas, rector de la Escuela, y los profesores Justino Garavito, Alberto Borda Tanco y Darío Rozo. Fue presidente de tesis el profesor Delio Cifuentes Porras.

El señor Ortega Ricaurte, bogotano de cepa, descendiente por entrambas líneas de ilustres fundadores de la República, es personalmente un ejemplar de caballero cristiano. Como estudiante, mereció antes de terminar sus cursos, el honor de una cátedra en la Es-